

Historias Acuarianas Para Niños

"Que se Alegre Toda la Tierra" por Helen Waite

La música siempre encantaba a las hadas, y durante mucho tiempo, cinco de ellas estuvieron quietas, con las rodillas entre los pastos, debajo de una ventana abierta de vidrios de colores, escuchando cantar a los niños. Ninguno de los niños y niñas que estaban dentro, ensayando sus canciones para el Servicio de Pascua, sabía que ellas estaban allí.

Las claras voces jóvenes se fundían en el aire, y las hadas estaban con sus rostros levantados con reverencia, escuchando cada palabra de alabanza mientras los niños cantaban:

*"Ha resucitado, ha resucitado,
díganlo con voz gozosa;
ha roto su prisión de tres días,
que toda la tierra se regocije".*

Las hadas flotaron hasta el alféizar de la ventana, llevadas allí por la belleza y el encanto de la música. Se pararon en una fila recta sobre el estrecho borde, con sus rostros levantados en adoración para encontrarse con el amoroso poder del Cristo Resucitado. Y aun así, los niños no sabían que estaban allí. Incluso después de que la música cesó y los niños y niñas se prepararon para ir a casa, ninguno de ellos notó a las pequeñas criaturas como duendes que los miraban.

Mientras las hadas miraban, también escuchaban lo que la maestra de música les decía a los niños.

—Cuando desfilen mañana por la mañana —dijo ella—, cada uno llevará un lirio de Pascua en maceta.

Los niños y niñas aplaudieron de pura alegría.

—Y —continuó la maestra—, cuando lleguen a la plataforma, pondrán sus macetas justo así.

Caminó hacia la plataforma y los niños la siguieron para aprender lo que debían hacer.

Pero las hadas no esperaron a ver ni oír más. Flotaron con gracia hacia el suelo y se apresuraron a buscar el equipo adecuado para ayudar en tan gran ocasión. No había tiempo que perder, porque al día siguiente era Domingo de Pascua.

Sin ninguna dificultad, las hadas entraron en un árbol y, al cabo de unos minutos, salieron de nuevo. Una de ellas llevaba una escoba. Estaba hecha de plumón, suave como la lluvia nueva.

—Barreré las hojas de los lirios y las haré brillar —cantó.

La segunda hada llevaba un paño para quitar el polvo. Era grande y con encaje, hecho enteramente de telarañas delicadamente tejidas.

—Limpiaré los pétalos, uno por uno —dijo—, y estarán radiantes y blancos para la Mañana de Pascua.

Su líder casi tropezó al salir del tronco del árbol, tan grande era su carga. Llevaba una enorme pastilla de jabón de rocío de helecho, un cepillo con cerdas de rayos de luna hilados, y una toalla que arrastraba por el suelo bajo sus pies, tan grande era.

Las otras dos hadas tenían manos sanadoras. Las usaban para restaurar la belleza de las plantas heridas y descoloridas. Tenían corazones amorosos y el susurro de voces suaves con las que invitaban a los insectos a salir de los capullos y las flores donde a menudo dormían. Todas las hadas tenían un gozoso sentido de su responsabilidad de hacer que los lirios fueran lo más hermosos posible para el Domingo de Pascua.

—¿Alguien sabe dónde están los lirios en maceta? —preguntó el elfo de la escoba.

¡Nadie lo sabía!

—¡Qué vamos a hacer! —exclamaron las otras con consternación.

Su líder extendió la toalla en el suelo, cruzó las piernas y se sentó en ella para pensar.

—¡Apúrense! —gritó finalmente—. Vuelvan al alféizar de la ventana antes de que sea demasiado tarde. Quizás oigamos más de lo que la maestra de música les dice a los niños.

En una nube de esperanza y felicidad, las hadas volaron a asomarse de nuevo a la ventana, pero, ay, era demasiado tarde. No había nadie a la vista. Una vez más, su líder se sentó con las piernas cruzadas sobre la toalla a pensar.

—¡Hay más ventanas! —gritó.

Y las hadas se fueron a mirar en todas las otras habitaciones. Delante de una había una mesa, un teléfono y la maestra de música. Las hadas escucharon con ansias lo que ella tenía que decir.

—¿Es esta la Florería Merryweather? —preguntó al teléfono.

Los pequeños elfos casi se caen del alféizar de la emoción. Estaban tan emocionados que ni siquiera oyeron cuando preguntó por los lirios. Pero luego otra voz, lejana y distante, salió del auricular y llegó al oído de la maestra, y para entonces las hadas ya estaban lo suficientemente tranquilas para oír.

—Esos veinticinco lirios en maceta estarán listos para los niños el domingo por la mañana temprano —dijo la voz lejana.

Y las cuatro personitas no esperaron a oír más. Volaron al suelo y se agruparon alrededor de su líder, contándole todo lo que habían oído.

—Continúen con su trabajo habitual —dijo él— hasta el atardecer. Cuando el último rayo sea absorbido por el cielo nocturno, reúnanse conmigo aquí. Mientras tanto, localizaré esta Florería Merryweather y regresaré para guiarlas allí en la quietud de la noche.

Todos estuvieron de acuerdo, y cuatro hadas regresaron a su trabajo habitual de formar las hojas y flores de las plantas y los árboles. Su líder flotó sobre su toalla, como una alfombra mágica. Mientras él estaba ausente, las otras no podían pensar más que en los lirios en maceta, en los niños y en las voces de los niños mientras cantaban. Tarareaban al oído de cada flor en la que trabajaban, infundiendo en cada una el amor por la vida resucitada. Muchas formas hermosas surgieron mientras cantaban suavemente:

*"Bendito Señor, que todos te adoren,
santos en la tierra y santos en el cielo;
que toda criatura se incline ante Ti,
Tú que les has dado el ser".*

Los pájaros oyeron, y las mariposas oyeron, y las abejas y los insectos oyeron. Uno por uno, levantaron el gozoso estribillo en el aire, llenando el mundo de su música. Y así fue que toda la tierra se regocijó.

Mientras tanto, el líder de las hadas había localizado la Florería Merryweather. Dentro, en una fila majestuosa, había veinticinco macetas no muy grandes. En cada una había un alto lirio blanco. El elfo levantó los ojos para decir "Gracias", y mientras miraba al cielo, el Sol absorbió su último rayo en la calma de la tarde. En menos tiempo del que se tarda en silbar por asombro, el líder de las hadas estaba de vuelta con su grupo.

—Todo está listo —anunció—. Iremos a casa del señor Merryweather de inmediato.

Toda la noche, él y sus ayudantes trabajaron en la Florería, barriendo, limpiando el polvo y restregando hasta que todos los lirios en maceta brillaron. Abrieron los capullos para dejar pasar un poco de luz, y muchos de los insectos volaron. Sus manos sanadoras repararon tiernamente las flores que estaban heridas y descoloridas, y respiraron una bendición nocturna sobre cada una. Cuando el primer rayo de sol se desplegó para iluminar la Florería en la mañana de Pascua, cada lirio estaba limpio, entero y radiantemente blanco.

El líder de las hadas se sentó con las piernas cruzadas sobre una hoja para inspeccionar el trabajo que habían realizado. La escoba y el paño de polvo seguían puliendo donde más se necesitaba. Unos pocos insectos más fueron persuadidos a salir de un capullo; un par de manos sanadoras transformó la última flor herida en salud, y las hadas declararon que su trabajo estaba hecho.

—Está bien —dijeron—, porque ahora incluso los lirios cantarán sobre el Cristo resucitado.

Regresaron a su hogar en el árbol y esperaron el repique de las campanas que llamaban a la gente al Servicio de Pascua. Vestidas con sus mejores ropas de domingo, las hadas se sentaron en silencio en el alféizar frente a la ventana abierta para unirse a la adoración. Nadie en la congregación sospechaba que estaban allí. Todos miraban una corona de brillantes rosas rojas contra una cruz blanca y pura.

Una estrella dorada, luminosa sobre un hermoso azul, brillaba como un halo de luz y amor detrás de la cruz florida, y las pequeñas bocas de las hadas susurraban pequeños y fervientes "O-o-o-". La música del órgano vibraba por toda la sala y resonaba en cada corazón mientras los niños entraban marchando. Los niños y niñas, cada uno llevando un lirio de Pascua brillante, cantaban más triunfalmente que nunca:

"¡Aleluya! ¡Aleluya!

Cristo ha resucitado de entre los muertos".

Y las hadas también oyeron cantar a los lirios.